

Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología



TRABAJO INTEGRADOR FINAL

¿Cómo inciden las nuevas formas de lo social en la posibilidad de enunciación de un proyecto identificador de parte de los adolescentes?

Ensayo

PAULA REYS

R-1677/2

Docente responsable: Ivana Pereson Mehaoud

-2020-

Índice:

Resumen	y	palabras
clave:.....	3	Introducción:
.....	4	Desarrollo:
.....	5	
¿Qué decimos cuando hablamos de Adolescentes? La adolescencia como categoría histórica y social.....	5	
Nuevas formas de lo social y su incidencia en los procesos de subjetivación		
.....9	Orden	institucional
.....		familiar
.....	11	Institución
.....	12	escolar
.....	12	Lo social y la
mirada del Otro	13	
	Conclusión:	
.....		15
Bibliografía:.....		1

Resumen:

¿Inciden las nuevas formas de lo social en la posibilidad de enunciación de un proyecto identificador de parte de los adolescentes? En el siguiente trabajo, propongo interrogarnos sobre qué ocurre con la construcción de proyectos de cada adolescente en los tiempos que corren, así como poner en tensión las construcciones sociales que recaen sobre ellos y que creo inciden en la forma en que se pone la mirada y se abordan las problemáticas en relación a la adolescencia. Entiendo que es desde una comprensión de lo social, desde las formas de producción de subjetividad que se inscriben en condiciones históricas y culturales específicas, desde el rol que ocupan las instituciones como organizador simbólico, capaz de generar (o no) espacios de enunciación para que el sujeto pueda redefinir de alguna manera su relación con la sociedad, y a su vez realizando una lectura sobre el lugar del otro (adulto) en este momento de constitución subjetiva.

Palabras clave:

Proyecto – Adolescencia – Social – Institución – Subjetividad

3

Introducción:

Lo subjetivo no es universal ni atemporal, sino que sus modos se componen como resultado de lo histórico, producto de variables históricas y culturales, por lo tanto se va transformando a medida que la sociedad cambia. Esto lleva a concebir la subjetividad no sólo atravesada por las transformaciones sociales sino como efecto de las prácticas sociales mismas. Si se considera, además, la adolescencia, no sólo como un conjunto de cambios biológicos acontecidos en un rango etario particular, sino como un momento de constitución subjetiva, ¿cómo inciden las nuevas formas de lo social en la posibilidad de enunciación de un proyecto identificador de parte de los adolescentes?

Este interrogante que se repite, que insiste, tomando diferentes formas y expresiones desde los espacios institucionales o familiares que transitan los adolescentes.

Como parte de mi formación profesional y de la práctica en particular concurrí a centros de convivencia barrial donde los interrogantes respecto a los adolescentes y sus futuros en particular se repetían, ¿Qué ocurre con la proyección de cada adolescente? ¿Qué sucede con éstos que se hallan “perdidos” y cuya proyección a futuro aparece como incierta? Se habla de adolescentes que no parecen mostrar interés en nada, un tanto apáticos, la violencia cotidiana a la que muchos están expuestos, el narcomenudeo como practica de pertenencia, e inclusive en algunos casos la muerte como corolario. Adolescentes que dejaron la escuela y otros tantos que ya son padres. Todos ellos asociados ocasionalmente por los medios de comunicación a cuestiones de excesos y conflicto en lo social.

En el siguiente trabajo, me propongo poner en tensión este tipo de construcciones sociales que considero inciden en la forma en que se pone la mirada y se abordan las problemáticas en relación a la adolescencia. Entiendo que es desde una comprensión de lo social, desde las formas de producción de subjetividad que se inscriben en condiciones históricas y culturales específicas, desde el rol que ocupa a las instituciones como organizador simbólico, capaz de generar (o no) espacios de enunciación para que el sujeto pueda redefinir de alguna manera su relación con la sociedad, y desde un análisis del lugar del otro (adulto) en este momento de constitución subjetiva que es posible interrogar la problemática que nos ocupa.

4

Desarrollo:

¿Qué decimos cuando hablamos de Adolescentes? La adolescencia como categoría histórica y social

La adolescencia como tal es un concepto netamente moderno, fue definida como una fase específica en el ciclo de la vida humana, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, ligado a los cambios económicos, culturales y al desarrollo industrial y educacional que trajo consigo la revolución industrial. Esta categoría emerge en un contexto de reorganización social como consecuencia de nuevos modos de producción, capitalistas, que vinieron a modificar profundamente, no sólo las formas de organizar la actividad económica, sino también la organización demográfica-social. En las sociedades precapitalistas, no había adolescentes

sino niños que dejaban de serlo para convertirse seguidamente en adultos. El pasaje de la infancia a la adultez no estaba mediado por la etapa que hoy conocemos como “Adolescencia”.

Pero, ¿qué entendemos por adolescencia?

La Organización Mundial de la Salud define la adolescencia como el periodo de crecimiento y desarrollo humano que se produce después de la niñez y antes de la edad adulta, entre los 10 y los 19 años. Sin embargo, creo que pensar la adolescencia en una dimensión meramente cronológica y condicionada a avatares biológico, tal y como lo propone la definición de la OMS, resultaría en un abordaje deshistorizante de la misma. Entendiendo la adolescencia no como lo que es; un constructo teórico con una fuerte impronta social signado por las condiciones en las que emergió, y que designa una serie de transformaciones subjetivas, sino como algo que acontece de forma natural y homogénea en todos los individuos comprendidos en el antes mencionado grupo etario.

Es por esta razón que propongo, tomando el concepto de temporalidad que formula Lacan (1945), pensar la adolescencia no como un período cronológico sino como un tiempo lógico concebido dentro de un tiempo cronológico en la vida del sujeto que, a diferencia del primero, implica una profunda transformación estructural con respecto al que le antecede.

Por otro lado, parece pertinente distinguir el concepto de adolescencia del de pubertad. Mientras que el segundo implica una serie de transformaciones físicas, tangibles y concretas, que significan el fin de la niñez, y que son de carácter universal. La adolescencia, en cambio, y citando a Susana Brignoni (2012), implica tres duelos:

- “El duelo por el cuerpo infantil
- El duelo por la infancia en sí misma y sus identificaciones
- El duelo por el vínculo con los padres”

5

En primer lugar, la aparición de los caracteres sexuales secundarios y la irrupción de los cambios corporales relativos al desarrollo que producen el crecimiento del cuerpo, imponen al psiquismo un trabajo de simbolización. El duelo por el cuerpo infantil implica, no sólo un trabajo simbólico sobre el cuerpo propio, sino un trabajo de metabolización de las diferencias de género y el desarrollo de la identidad sexual.

Aparece la necesidad de encontrar nuevos ordenamientos subjetivos, de reorganizar las

relaciones con el cuerpo infantil pero también con la propia historia, con las identificaciones primarias, con los vínculos parentales, con el lugar que se ocupa en el deseo familiar.

Sería, entonces, la resolución de esos duelos, y las diversas respuestas posibles, lo que se entiende por Adolescencia. Es por esta razón que adhiero, como la autora, a hablar de “Adolescencias”, reconociendo pluralidad y heterogeneidad en las formas de ser adolescente. Es decir que se trata de respuestas particulares y únicas que cada sujeto elabora, en la resolución de duelos y trabajos simbólicos, frente a la pubertad.

Desde la teoría psicoanalítica freudiana, se entiende esta etapa como el advenimiento de lo que Freud llamó “la metamorfosis la pubertad”. Esta acometida de la sexualidad en un segundo tiempo, que viene a irrumpir tras el período de latencia, se halla “marcada por transformaciones que llevan a la vida sexual infantil hacia su constitución definitiva” (Freud, S., 1905). Así, hay un pasaje de una sexualidad infantil marcadamente autoerótica (primer tiempo de la sexualidad) donde hay una autonomía de las pulsiones parciales a una sexualidad tendiente a la búsqueda del objeto.

Se puede pensar la adolescencia como un entretiempos entre lo que Freud describe como los dos tiempos de la sexuación, entre la sexualidad infantil, autoerótica, y la adulta, objetal. La adolescencia aparece entonces como un período de reedición de lo corporal, la imagen, las identificaciones, pero también como una reelaboración en el campo del Otro.

Silvia Bleichmar (Bleichmar, S., 2005) ubica la adolescencia como: “un período en el cual ya han terminado las tareas de la infancia y se abre un intervalo hacia la adultez” (p.57). Entendiendo este como un tiempo lógico de la estructuración subjetiva, abierto a la resignificación.

Bleichmar (2005) la define, entonces, de la siguiente manera:

6

“Alude, desde el punto de vista del proceso de constitución psíquica, al tiempo en el cual se despliegan los modos de definición que llevan a la asunción más o menos estable de la identidad sexual y a la recomposición de las formas de identificación, las cuales se desanudan de aquellas propuestas originarias que marcaron las líneas que articulan las relaciones constitutivas enlazadas a los adultos significativos de la primera infancia para abrirse a modelos intergeneracionales o de recomposición de los ideales en un proceso simbólico más descarnado de los vínculos primarios”. (p.58)

El tránsito por esta etapa comprende una serie de transformaciones, reediciones, trabajos y procesos a nivel del psiquismo, que fundamentan a la adolescencia como momento de

constitución subjetiva.

Ricardo Rodulfo (1992) en su trabajo "El adolescente y sus trabajos" propone pensar la adolescencia como una perspectiva de seis trabajos simbólicos a realizar: el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, el desplazamiento del acento desde el yo ideal al ideal del yo, el pasaje de lo fálico a lo genital, la repetición transformada de los tiempos del narcisismo como nuevo trabajo, y el desplazamiento a la sustitución de las elecciones de objeto.

El pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar implica una "salida" del adolescente al mundo, lo familiar pasa a segundo plano en relación a lo extrafamiliar, donde el adolescente sale del entorno familiar en busca de producir un lugar subjetivo en la cultura.

Otro de los trabajos simbólicos supone un pasaje del Yo Ideal al Ideal del Yo, entendiendo el Yo ideal como el heredero del narcisismo de los padres, es decir, siguiendo a Piera Aulagnier (1994), el proyecto identificatorio narcisista que los padres tenían para ese niño, los ideales paternos, así como el deseo inconsciente del lugar que vendría a ocupar dicho niño en la dinámica o deseo familiar. En el ideal del yo, en cambio, se trata del significante que opera como ideal, una especie de guía que determina la posición del sujeto en el orden simbólico. La adolescencia supone un trabajo donde este Yo Ideal, constituido a partir de los deseos de esos padres, del proyecto parental, ha de ser transformado por el yo, en un ideal propio, sostenido ya no desde aquel deseo proyectado de las figuras parentales en dicho hijo sino desde un deseo propio del sujeto. Se trata de la enunciación de un proyecto identificatorio que implica una construcción representacional desde un saber propio. En tanto "autoconstrucción continua del Yo por el Yo". (Aulagnier, P., 1994, La violencia de la interpretación, Buenos Aires Amorrortu, p.167)

Sin embargo, para esta autora, no sólo es el discurso familiar el que opera sobre ese niño sino que también: "la madre posee el privilegio de ser para el infans el enunciante y el mediador privilegiado de un discurso ambiental". Es decir, que a través de su discurso, hace de portavoz

7

de los enunciados del grupo social al que pertenece. Para abordar esta cuestión, Piera Aulagnier acuña el término contrato narcisista (Aulagnier, P., 1994, La violencia de la interpretación, Buenos Aires, Amorrortu) para referirse a una especie de intermediario entre la psique y el discurso del conjunto. El contrato narcisista, dice, "tiene como signatarios al niño y al grupo". Se trata entonces ya no de un contrato de los padres con el hijo, como ocurre con el Yo ideal, donde este aparece como un lugar donde el niño piensa llegar para satisfacer los

deseos y proyectos de la demanda parental, sino que se trata de un contrato entre el adolescente y la realidad y donde el Ideal del yo aparece como un significante que opera como un ideal que el sujeto buscará alcanzar, y que determina la posición del sujeto en tanto deseante en el plano simbólico. Aparecen entonces otros referentes que no son únicamente los familiares, se trata de una proyección a futuro que va más allá de aquel proyecto identificatorio narcisista que los padres tenían para ese niño, ahora adolescente.

Así, la relación de los padres con el niño conlleva la huella de la relación de la pareja parental con el medio social en el cual ellos están insertos. Así como el discurso de la pareja parental anticipa y precatectiza incluso antes de haber nacido el niño el lugar que éste va a ocupar en el discurso social, también catectiza este lugar con la esperanza que transmita el modelo socio cultural vigente.

Para la constitución del Ideal del Yo, es necesaria la presencia de un Otro que se halle en una posición de disimetría responsable y una representación del futuro; si el adolescente es incapaz de hacer el pasaje del Yo Ideal al Ideal del Yo, no hay posibilidad de proyecto alguna.

Recordemos que la concepción que tenemos en la actualidad no existió siempre sino que se trata de una construcción moderna. El lugar que ocupan los adolescentes y aquel que se espera que ocupen, aquello que se les demanda, y la forma en que se los piensa varía según el momento histórico y el contexto social en el que se hallen inmersos.

Tal y como afirma Firpo S. M. (2008):

El adolescente (que no es otro homogéneo) varía en cada comunidad, en cada momento histórico y en cada sujeto. Está entre una metamorfosis puberal (con conmoción de las identificaciones) y una metamorfosis social. En esta metamorfosis hay conmoción de las certidumbres que recomponen todo el paisaje social (...), es decir una zona de vulnerabilidad y de indeterminación que produce un desdibujamiento de los lugares”

Desarrollado qué se entiende por adolescencias, queda interrogarse por lo social. ¿Qué ocurre con las instituciones? ¿Se habilitan lugares desde lo social para la enunciación de un proyecto

identificatorio? ¿Hay un Otro que se halle en una posición de disimetría responsable, que habilite la construcción de un proyecto? ¿Hay representación de futuro?

8

Nuevas formas de lo social y su incidencia en los procesos de subjetivación

El concepto de subjetividad aparece en este punto como un concepto nodal que permite profundizar y articular estas cuestiones.

Oponiéndola a la constitución del psiquismo, la cual: "...está dada por variables cuya permanencia trascienden ciertos modelos sociales e históricos, y que pueden ser cercadas en el campo específico conceptual de pertenencia" Silvia Bleichmar (2005) define la subjetividad como un producto histórico, no sólo en el sentido de que surge de un proceso, sino que además es el efecto de determinadas variables históricas y prácticas sociales. La subjetividad remite a la posición del sujeto.

Para entender la mutación histórica sufrida en los últimos años, me remito a los conceptos desarrollados por el sociólogo, filósofo y ensayista Zygmunt Bauman, quien acuñó las nociones de modernidad sólida y modernidad líquida para dar cuenta de los cambios sufridos a nivel social entre la modernidad, de la cual emergió la Adolescencia como categoría histórica, y la postmodernidad.

La modernidad sólida se caracterizaba por el suelo institucional que alojaba a las poblaciones y el modelo disciplinario al que remitía Foucault. Ese fue uno de los ideales del proyecto moderno, que buscó establecer una homogeneidad tanto discursiva como subjetiva para llegar a su objetivo de una sociedad perfecta. En la modernidad, eran el Estado-Nación y las instituciones aquellas fuentes dadoras de sentido. Eran los dispositivos institucionales, inicialmente, la escuela y la familia quienes instituían al ciudadano como sujeto de derecho y sentaban las bases para la construcción de itinerarios vitales.

Como señala Rascovan en su texto "Las trayectorias transicionales" (2014), en los inicios del capitalismo industrial, la movilidad social estaba únicamente reservada para las clases burguesas, las cuales podían acceder a estudios secundarios y superiores que les permitían el ingreso al mundo del trabajo y la emancipación familiar. Aquellos que no gozaban de tales privilegios, veían sus posibilidades signadas por su posición socioeconómica de origen.

No fue sino hasta el auge de lo que Castel (1997) llamó sociedades salariales, conformadas por una relación salarial ya enmarcada y regulada por el Estado-Nación, que comenzó a

haber una mayor movilidad social.

En la modernidad líquida, sin embargo, el rol central que ocupaba el estado es desplazado por el mercado. Hay un pasaje del sujeto como sujeto de derecho al de consumidor y, citando a Lewkowitz, I. (2006), un “desfondamiento” del estado y las instituciones, que ya no son capaces de contener sino que pierden su capacidad de instituir subjetividad y organizar pensamiento.

Se empiezan a construir formas en donde el sujeto está solo, sin una instancia organizada que lo sostenga, más que los vínculos él mismo pueda establecer situacionalmente. Citando a Ana Bloj (2011):

“El mercado produce un sujeto al que deja solo luego del instante mismo que consumió, lo deja obligado a asumir su existencia en soledad” (p.3.)

La exacerbación del individualismo y la mercantilización de las relaciones sociales llevaron a un debilitamiento de los vínculos y a una disgregación del lazo social. Las instituciones aparecen, entonces, desdibujadas en su función instituyente y con dificultades para ofrecer a los adolescentes “lugares de enunciación” de un proyecto identificadorio.

En la Argentina, este proceso comenzó hacia finales de la década de los '90, con una marcada retirada del Estado como sostén de las instituciones y dador de sentido para dar lugar al mercado como mecanismo de coordinación social y distribución de recursos. La crisis producida en el año 2001, la cual afectó de ampliamente a las clases medias y bajas de la sociedad, profundizó los procesos de vulnerabilización social que venían gestándose y que afectaron de manera específica a los jóvenes.

Para abordar la cuestión de lo social considero pertinente trabajar sobre tres espacios de investidura para el adolescente.

- 1) el familiar (como primer discurso que opera sobre él)
- 2) el medio escolar (el rol de la institución escolar como productora de subjetividades)
- 3) el medio o espacio social en el cual se comparten intereses, proyectos y esperanzas.

Orden institucional familiar

Los vínculos que una persona mantiene con la institución familiar son de vital importancia, ya que implica aquellos otros significativos con los que se establecen relaciones primarias sobre la base de las cuales se constituyen las identificaciones que permiten el surgimiento de un ideal del yo.

Para el sujeto, la familia constituye el primer grupo de pertenencia y de referencia en tanto que está inmerso en un conjunto de valoraciones sociales y particulares propias de dicho grupo y que pueden incidir en sus conductas.

Como toda institución sostenida en un lazo social, devenido fragilizado, el modelo familiar también ha sufrido cambios que impactan en lo que sucede entre las generaciones. Este es uno de los principales problemas en el ámbito familiar. Por un lado, la incorporación rápida y vertiginosa de las nuevas tecnologías en la vida cotidiana introduce una brecha que no se limita únicamente al manejo propio de las tecnologías sino también a la apropiación cultural de bienes simbólicos que introduce conflictos intergeneracionales. El rol del adulto, que en tiempos de la modernidad sólida se constituyó como principal sostén del sistema, y que es el responsable de integrar a las generaciones más jóvenes a la sociedad, ha entrado en crisis. La transmisión misma de conocimientos ha sufrido una transformación, donde el adulto ya no aparece como fuente del mismo sino que es el adolescente, por medio de las tecnologías, quien accede a la información y asiste a los adultos.

Adicionalmente, el mercado ha glorificado y convertido en un objeto de consumo a la propia adolescencia. El adulto deja de existir como modelo físico y se trata de ser adolescente mientras se pueda y luego, viejo. No sólo como modelo el cuerpo del adolescente sino también su forma de vida. Los padres en vez de enseñar, pasan a aprender el secreto de la eterna juventud. Sin embargo, esto no aplica a los sectores más pobres y vulnerables.

Esta brecha no sólo se extiende a las diferentes generaciones y al uso o manejo de las tecnologías sino que también supone una brecha en términos de desigualdad social: Quienes tienen acceso a las mismas, como bien material y cultural, y quienes tienen el acceso vetado.

De esa forma, estos adolescentes, inmersos en un marco social donde la principal realidad es la pobreza, la violencia está a la orden del día, donde la falta o pérdida de trabajo conlleva la destrucción de identidades a lo largo de generaciones, donde impera una ausencia de representación de futuro para los niños, así como la descomposición de las relaciones al

semejante, del lazo social, a partir del aislamiento y la competencia, se hallan despojados de un soporte simbólico que les permita la enunciación de un proyecto identificadorio.

La construcción subjetiva, que se produce entre el adolescente y el adulto, y el rol de este último, quien debiera servir de sostén y cumpliendo la función social de generar condiciones favorables para la misma, se ve trastocado. En la actualidad, los adolescentes ya no reconocen los adultos como mediadores capaces de ordenar su relación con la realidad, y se ve impedido el relevo generacional que los autorizaba simbólicamente para ocupar el lugar de los padres.

Al respecto, Silvia Bleichmar (2005), dice:

“Cada generación debe partir de algunas ideas que la generación anterior ofrece, sobre las cuales no sólo sostiene sus certezas sino sus interrogantes, ideas que le sirven de base para ser sometidas a prueba y mediante su deconstrucción propiciar ideas nuevas”. Cuando esto se altera, cuando se niega a las generaciones que suceden un marco de experiencia de partida sobre el cual la reflexión inaugure variantes, se las deja no sólo despojadas de historia sino de soporte desde el cual comenzar a desprenderse de los tiempos anteriores”. (p.31)

Institución escolar

La escuela tal y como la conocemos, como la categoría misma de “adolescencia”, fue un producto moderno y la principal responsable de producir subjetividades del discurso social vigente. Surgió como una institución en el contexto de lo que Foucault llamó sociedad disciplinaria, una sociedad marcadamente industrial, que funcionaba mediante el encierro. Así, las instituciones de encierro (entre las que se contaban la escuela, la fábrica, la cárcel, etc.) servían de dispositivos destinados a moldear cuerpos y subjetividades en un bloque hegemónico.

El sujeto pedagógico moderno, como tal, era dócil. En este contexto, el no acceso al sistema escolar era condición de marginalidad y aquel que no podía sostenerse en el sistema y cumplir con las exigencias del mismo era considerado un fracasado escolar.

Actualmente, en cambio, con el pasaje de una modernidad sólida, caracterizada por las sociedades disciplinarias, a una modernidad líquida, las instituciones creadoras de subjetividades ya no cuentan como una legalidad en relación con la cual organizarse sino que

ésta función está diluida, hay un vacío. Triunfar en la escuela, constituye una perspectiva que implica un tener acceso al consumo de bienes. El ciudadano deviene consumidor, hay un pasaje de aquel poseedor de derechos y obligaciones en contraposición a éste último: Que

12
tiene poder adquisitivo. La lucha ya no es por la inclusión o la exclusión (como lo era en la modernidad sólida) sino por existir. Consumo, luego existo. En esta lógica, el fracaso escolar, que veda el acceso al consumo de bienes, implica una negación de la existencia de los sujetos. Fracasar en la escuela es fracasar en la vida en tanto imposibilidad de consumo, y aquel incapaz de consumir no existe. El fracaso y la deserción escolar son algunas de las principales problemáticas asociadas a la adolescencia en nuestro país, con una tasa alta de adolescentes que no finaliza los estudios secundarios.

Asimismo, los lugares que transitan los adolescentes se han convertido en “no lugares”, tomando el concepto del sociólogo francés Marc Augé, lugares que carecen de sentido inscripto y simbolizado, que no son ni identificatorios, ni relacionales, ni históricos y que únicamente producen efecto de desarraigo. Los adolescentes no “habitan” estos espacios, como la escuela, sino que parecieran transitarlos, estar de paso. No se trata de lugares cargados de sentido.

Lo social y la mirada del Otro

Es en la relación con el “Otro” que se construye nuestra subjetividad y, como tal, lleva impresa las marcas del Otro desde el inicio. Así, la relación de los padres con el niño conlleva la huella de la relación de la pareja parental con el medio social en el cual ellos están insertos. Así como el discurso de la pareja parental anticipa y precatectiza incluso antes de haber nacido el niño el lugar que éste va a ocupar en el discurso social, también catectiza este lugar con la esperanza que transmita el modelo socio cultural vigente. Al respecto, cabe entonces preguntarse qué transmite dicho modelo socio cultural.

Como mencioné antes, retomando a Piera Aulagnier, el adolescente realiza un trabajo psíquico que consiste en un pasaje del Yo Ideal al Ideal del Yo que lo habilita a la enunciación de un proyecto identificatorio asumido ya como propio. Para que esta operatoria sea posible, es necesario que el discurso del conjunto funcione como soporte para la libido narcisista del sujeto y garantice la transferencia sobre el nuevo miembro. El grupo, por su parte, anticipa el rol que éste debe jugar sobre el niño, así como también proyecta su modelo ideal. Sin embargo, asistimos a tiempos marcados por modificaciones en los modos de

ejercicio de la subjetividad, entendiendo esta como producto del marco cultural en el que el sujeto halla inserto. Realidad exterior que no sólo incide sino que es, además, constituyente.

13

Al respecto, cabe preguntarse qué lugar ocupa el adolescente en el discurso social. Qué lugar se le asigna y qué se le demanda. En tanto condición subjetivante, la mirada del Otro juega aquí un rol relevante.

¿Cómo ve la sociedad a los adolescentes? ¿Ocupan todos los adolescentes un lugar uniforme en el discurso social? El mercado hace hincapié en ellos como sujetos de consumo. Si bien el adolescente no influye directamente a través de sus propios recursos, la adolescencia como tal es valorizada, cuidada y estimulada en tanto consumidor y grandes estrategias de mercadeo están dirigidas a dicho grupo etario. Las responsabilidades se postergan mientras se disfruta de comodidades: una prolongación de lo bueno de la infancia con la libertad de los adultos, un estado “casi ideal”.

Sin embargo, la contracara es la exclusión. Adolescentes que quedan por fuera del circuito de consumo. Que son llamados por los medios de comunicación “problemáticos” y usualmente relacionados a cuestiones de excesos. Llamados también generación NiNi (término acuñado por Alejandro Shujman para designar a los jóvenes que “ni estudian ni trabajan”) se les adjudica falta de interés, en ocasiones por los mismos padres que aseguran “no saber qué hacer con ellos”, donde los adolescentes aparecen como una realidad externa temida. En muchos casos, se los criminaliza, patologiza y hasta medicaliza, aún desde las distintas instituciones que atraviesan, como la escuela. Se los considera peligrosos y “una causa perdida”. Todas prácticas de disciplinamiento, vigilancia y control, que permiten operar sobre estos adolescentes que no son considerados “productivos” por una sociedad que precia la capacidad de consumo como única expresión del ser. La mirada del Otro aparece hoy, entonces, como más amenazante, intrusiva y exigente.

Bleichmar propone el término “malestar sobrante” para describir la profunda mutación histórica sufrida en los últimos años que ha dejado a cada sujeto despojado de un proyecto trascendente. Proyecto que vendría a permitir vislumbrar modos de disminución del malestar reinante. Para la autora (2005), “lo que lleva a los hombres a soportar la prima de malestar que cada época impone, es la garantía futura de que algún día cesará ese malestar, y en razón de ello la felicidad será alcanzada (...). Y el malestar sobrante se nota particularmente,

en nuestra sociedad, en el hecho de que los niños han dejado de ser los depositarios de los sueños fallidos de los adultos”. (p.30)

Entiendo entonces que esta forma de malestar cuyo efecto parece ser el desamparo subjetivo y la desesperanza, impide que se desplieguen las condiciones para que los adolescentes

14

puedan realizar la asunción de dicho proyecto, ya que el discurso social no aparece como sostén de la libido narcisista del sujeto, ni proyecta sobre éste rol alguno a ocupar, sino que aparece como reproductor de las condiciones de exclusión/expulsión social y desesperanza del modelo socio cultural vigente.

Para Silvia Bleichmar (2005):

“No es la realidad económica en sí misma la que genera las formas de desmantelamiento que vemos precipitarse, sino el hecho de que esta realidad económica incide en el psiquismo dando cuenta del fracaso de un proyecto individual y colectivo que genere condiciones de vida diferentes”.

Conclusión:

Lo que suscitó la elección del tema de este trabajo fue mi experiencia durante la práctica profesional, donde asistí a centros de convivencia barrial, de contextos vulnerables y desigualdad social. En ese marco, me interpeló la cuestión sobre la proyección de los adolescentes.

Como señalé en el desarrollo del trabajo, estos adolescentes, que están inmersos en un marco social donde la violencia, la ausencia de una representación de futuro, la fragilización del lazo social y la pérdida de trabajo, que conllevan la destrucción de identidades a lo largo de generaciones, se hallan despojados de un soporte simbólico que les permita la enunciación de un proyecto identificadorio.

En conclusión, donde habría de advenir un proyecto pareciera haber, en su lugar, una caída del mismo ante la imposibilidad, de parte del sujeto, de apropiarse y reinscribir la continuidad de su historia. La posibilidad de ligazón o estabilidad identitaria aparecería como impedida. En consecuencia, aparecen la sexualidad, el consumo de sustancias, la violencia e incluso la muerte, como irrupción de lo pulsional, como modos de funcionamiento del psiquismo casi compulsivo. Como formas de descarga pulsional sin ligazón alguna. El Acting Out y el Pasaje

al Acto como formas de lidiar con la angustia emergente del campo del Otro, del campo de lo social. Se trata de formas de paliar el malestar, ese “dolor de existir” que se presenta como resultado penoso de la ausencia de la palabra, de la incapacidad de producir acciones que les permitan concretar lo que se plantean como anhelo.

En muchos casos, los dispositivos institucionales resultan, entonces, incapaces de generar condiciones que habiliten a los sujetos a la construcción y enunciación de un proyecto

15

identificadorio propio ya que no son capaces de operar como marco continente, no logran interpelar, ni permiten a los actores pensarse a sí mismos, sino que operan como dispositivos disciplinares, reproductores de dicha discontinuidad, en tanto reproductores de la desesperanza del modelo socio cultural vigente.

Citando a Ana M. Fernández y Mercedes López (2005):

“La imposibilidad de imaginar proyecto de futuro, de investir sus prácticas cotidianas de sentido de progreso, el desfundamiento de sentido social de proyectos emancipadores, el quiebre de los procesos identificatorios con el pasado de luchas populares produce, particularmente en muchos jóvenes formas existenciales, prácticas de vida de un presente sin brújula. Despojados de la posibilidad de animar esperanzas colectivas, la apatía suele despotencializar su accionar cotidiano. Se componen así modos de subjetivaciones en virtud de los cuales dejan de estar en un presente que no se afirma en anclajes en el pasado ni en proyectos de futuro que pudieran operar como sentido organizador de prácticas, significaciones y pasiones”. (p.133)

No se trata, sin embargo, de desalentarnos ni retroceder ante las nuevas subjetividades, ni tampoco de caer en una añoranza de aquello que fue y ya no es sino de buscar nuevas formas de abordaje de las subjetividades emergentes de los tiempos que corren, que habiliten, aún en un marco de incertidumbre, a la construcción de nuevos proyectos de parte de los adolescentes. Por otro parte, considero que lo desarrollado a lo largo de este trabajo no es exclusivo ni excluyente de las adolescencias en contexto de vulnerabilidad y puede servir de punto de partida para reflexionar sobre los devenires de las diversas adolescencias. Muchas de las problemáticas mencionadas, como la cuestión de la apatía y los excesos, son problemáticas que atraviesan a adolescentes pertenecientes a todos los sectores sociales.

Es por esto que, como futura profesional de la salud, resulta fundamental reflexionar sobre los nuevos escenarios sociales y las formas en que estos contribuyen a la conformación de nuevas y diversas subjetividades. Toda intervención social no sólo debe partir de un abordaje transdisciplinario, y de una demanda sino que debe ser situado y enmarcado en una

dimensión espacio-temporal. De lo contrario, se corre el riesgo de caer en reduccionismos y sesgos que limitan el alcance de la misma.

Intervenir se tratará entonces del desafío de generar espacios de encuentro, que interpele a los sujetos en su deseo y que permita la construcción de sentidos. Que habilite en los distintos espacios que habitan los sujetos posibilidades de enunciación de un proyecto histórico que le otorgue a éstos la posibilidad de construir razones para vivir. Tal y como propone Rascovan (2016), se trata de pensar una clínica creativa y emancipadora que permita al sujeto

16

constituirse en tanto sujeto deseante, para sobrellevar aquello que Silvia Bleichmar llama “Malestar Sobrante”

Althusser, L. (1988) *Ideología y aparatos ideológicos del estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Aulagnier, P. (1994) *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu. Bleichmar, S. (2005) *La subjetividad en riesgo* (2da Ed.). Buenos Aires: Topía Editorial. Bloj, A. (2011) *Educación, ciudadanía y subjetividad* (1ra Ed.). Belo Horizonte: Fino Traço. Bloj, A., Maschio, A. & Musumano, A. (2009) *El reino del revés*. Rosario: Laborde Editor.

Bolis, N. (2010) *Adolescentes y convivencia. Interrogantes sobre la transmisión en la práctica educativa*, en *Revista Novedades Educativas Año 22, N° 240/241*. Buenos Aires: Ediciones Novedades Educativas.

Brignoni, S. (2012) *Pensar las adolescencias* (1ra Ed.). Barcelona: Editorial UOC.

Carballeda, A. (2004) *La intervención en lo social*. Rosario: Revista Disculpe no molesta. Cordié, A. (1994) *Los retrasados no existen*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Dolto, F (1988) *La causa de los adolescentes*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Erikson E. (1971) *Identidad, juventud y Crisis. Cap 5: "Adolescencia"*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Fernández, A. M. (2005). *Vulnerabilización de los jóvenes en Argentina: Política y Subjetividad"*. Bogotá: Revista Nómadas N° 23.

Fernández, A. M. (2009). *Las diferencias desigualadas: multiplicidades, invenciones políticas y transdisciplina*. Colombia: Revista Nómadas N° 22.

Firpo, S. M. (2008). *Sobre la Adolescencia, con conmoción de certidumbres*. En Pagina/12.com.ar 9/10/2008.

Freud, S. (1985) *Introducción del narcisismo* (1ra Ed.). Buenos Aires: Amorrortu. Freud, S. (1985) *Psicología de las masas y análisis del yo* (1ra Ed.). Buenos Aires: Amorrortu. Freud, S. (1985). *El Yo y el Ello* (1ra Ed.). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1905) *Tres ensayos de una teoría sexual* (2da Ed.). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1930) *El malestar en la cultura*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.

- Giberti, E. (2001) *Contrato y contacto intergeneracional. Los jóvenes frente a sus padres. En, Ventana Internacional. P.79-91. Año 5. N 3.* Méjico: Nueva Época.
- Giovanni, L. y Schmitt-Sean, C. (1996) *Introducción. En Historia de los Jóvenes I. De la antigüedad a la edad moderna (1ª Ed.)*. Madrid: Taurus pensamiento.
- Lacan, J. (1945) *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma.* Paris: Revista Les Cahiers d'Art.
- Lacan, J. (1987). *Escritos 1: "El estadio del espejo como formados del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica"* (14ª Ed.). México: S. XXI.
- Lacan, J. (1981) *Seminario 1: "Los escritos técnicos de Freud". Cap. XI "Ideal del yo y yo ideal"* (1ra Ed.). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2005) *Seminario 5: "Las formaciones del Inconsciente"* (1ra Ed.). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006) *Seminario 10: "La angustia"* (1ª Ed.). Buenos Aires: Paidós.
- Lewkowitz, I. (2006). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez* (1ª Ed.). Buenos Aires: Paidós.
- G. Obiols y S de Obiols (1998) *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria. La crisis de la enseñanza media.* Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rascovan, S. (2004) *Lo vocacional una revisión crítica.* San Pablo: Revista Brasileira de Orientaçao Profissional.
- Rascovan, S. & otros. (2013) *Entre adolescentes y adultos en la escuela. Cap. 1 a 4.* Buenos Aires: Paidós.
- Rascovan, S. (2014) *Las trayectorias transicionales.* II Jornadas internacionales "Sociedades contemporáneas, subjetividad y educación.
- Rascovan, S. (2016) *La orientación vocacional como experiencia subjetivante.* Buenos Aires: Paidós.

